

JUAN LOPEZ

Juan Rulfo, escritor nacionalista



*En tiempo de*

Año XI



*Cuadrante*

No. 2

Literatura

1476

UNIVERSIDAD AUTONOMA  
DE SAN LUIS POTOSI

1987

**JUAN RULFO, ESCRITOR NACIONALISTA**

0049-87048-B0005

---

*Editorial Universitaria Potosina*

## Juan Rulfo, escritor nacionalista

JUAN LÓPEZ

*Cronista de Guadalajara*

CIEN AÑOS son apenas dos palabras, pero, a decir verdad, un siglo es un tiempo; en una centuria han sucedido tantas y tantas cosas, y tantos y tantos fenómenos, que relatarlos llenaría un sinfín de libros.

Hace cien años era presidente de los Estados Unidos Mexicanos, el infaltable y poco menos que eterno, general Porfirio Díaz, y gobernador de Jalisco el general Francisco Tolentino; por cierto, y bueno es decirlo aquí, el arzobispo tapatío lo era don Pedro Loza y Pardavé, como se diría entonces, de feliz memoria, a tal grado, que una de nuestras principales calles lleva su nombre, por aquello de su liberalismo y ayuda a la causa republicana, contra el imperialismo francés.

Hace cien años dos canónigos guadalajarenses, los hermanos Atenógenes y Luis Silva, con gran espíritu de amor al prójimo y de solidaridad, en vez de apoltronarse en sus rezos y de regodearse en sus chocolates, prefirieron trabajar en bien de la comunidad tapatía y, lo que diciendo y ha-

ciendo, fundaron un orfanatorio el 6 de enero de 1887, con el padrino y nombre del Sagrado Corazón de Jesús.

La obra fue de tal mérito, que muy a inmediato también fue escuela, gracias al auxilio que con longanimidad otorgara el patriota gobernador de Jalisco, general don Ramón Corona, quien por el puente de don José María Gómez, donara el edificio, que de entonces a este día ha funcionado ejemplarmente como orfanatorio, internado y escuela.

Esta centenaria institución ha sido de tal manera benemérita, que, cuando irresponsable gobernador pretendió enajenar el nobilísimo edificio, hubo de impedir tan gran barbarie, la intervención del exalumno, general don Miguel Orozco Camacho, quien solicitó y obtuvo salvoconducto expreso a favor del entonces Colegio Luis Silva, nada menos que del gran revolucionario, presidenté don Lázaro Cárdenas.

Al través de treinta y seis mil cuatrocientos setenta y cinco días, el hoy Instituto Luis Silva, ha formado y reformado a miles y miles de alumnos, quienes han asistido a sus aulas y en ellas han aprendido a leer y a contar, también ciencias y artes, pero, sobre todo, han aprendido a ser hombres útiles a ellos mismos, a sus familias y a la sociedad en que han vivido, viven y vivirán.

Lo más importante es destacar, que en el Luis Silva se han impartido ochocientas setenta y cinco mil trescientas noventa horas de conocer a México y, sobre todo, de amar apasionada y entrañablemente a México.

Esta secular institución ha forjado a quienes, andando los días han llegado a ser políticos, sacerdotes, militares, abogados, contadores, médicos, ingenieros, arquitectos, maestros, poetas, músicos, comerciantes, industriales, obreros, campesinos, novelistas y cuanto hombre de bien haya en la sociedad.

Uno de esos exalumnos formado en el Luis Silva, quien

siempre anecdotaba haber estudiado en ese instituto, fue el ilustre escritor Juan Rulfo, conocido en las aulas del Luis Silva como Juan Pérez Viscaíno y, nacido como Juan Nepomucenó Pérez Rulfo Vizcaíno, autor de su vida y de otras, autor de sus cuentos y autor de su novela.

De este exluisilvano me ocuparé para decir dos o tres palabras, que más no puedo; si lo hago, es porque nadie que se precie de buena nacencia en Jalisco, puede quedar ajeno a este primer centenario jubilar del orfanatorio-colegio-Instituto Luis Silva, tampoco puede ignorar a quien dedicó su vida plena a limpiar, fijar y dar esplendor al idioma castellano, al nuestro, como lo hiciera Juan Rulfo en sus libros, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*.

Una vez más tiene vigencia el apotegma de que el hombre es él, lo que le antecedió y lo que le rodea; en fuerza de ello, Juan Rulfo fue sangre y carne, talento y espíritu alteños trasladados a las tierras de la vieja provincia de Avalos, en donde los Pérez, los Jiménez, los Navarro y los Rulfo hicieron una raza de señores; porque la tragedia siempre rodeó, siempre estuvo presente en la familia de Juan Rulfo. Juan vivió y murió con la tragedia a cuestas, por eso escribió como escribió.

La orfandad y la doble orfandad dejaron en Juan una huella indeleble que un tanto menguó la fraternal algarabía del Luis Silva, pues, en este colegio tuvo sus primeros amigos, y fue aquí donde hubo de aprender las tablas de multiplicar, tediosas y monótonas; los quebraderos de los quebrados; las sinuosidades de las reglas de tres simple y compuesta; la abstracción de los ángulos y de los triángulos; la inasibilidad del concreto sustantivo; la ridiculez del gerundio; lo mismo, aquello de los toltecas eran altos, fornidos y bien parecidos; aquí supo también lo del plasma y del protoplasma; en fin, en el Luis Silva aprendió todo lo que en esa época enseñaban los apostólicos y heroicos maestros que servían las clases de la institución.

Del Luis Silva al Seminario Conciliar del Señor San

José, sólo fue un paso; en este lugar Juan aprendió, comprendió y gustó de la majestad de la lengua latina y de la precisión del lenguaje de la vieja pensadora y esteta Grecia; con este bagaje supo entrar hasta el tuétano en el valor y en el valer de las palabras de nuestra insigne lengua castellana.

Abandonó las aulas seminarísticas y salió a correr mundo; en búsqueda de nuevos y mejores horizontes, Juan hubo de hacer su diáspora a la ciudad de México, en donde trabajó como agente de gobernación; a la vez que trabajaba, asistía como oyente a diversas disciplinas de la Universidad Nacional Autónoma.

Rulfo, cansado de la ciudad de México, regresó a su Guadalajara, la que tanto le dolía por sus recuerdos huérfanos y por sus pesares a duras penas soslayados por la fraternal gritería del Luis Silva; aquí, después del trabajo burocrático, recreaba sus plácidas tardes en ocio creativo; fue así como se inició en el cuento y en la novela, con *El Hijo del Desaliento* y *La Vida no es muy seria en sus cosas*, *Nos han dado la tierra* y *Macario*, obras aparecidas en PAN, revista, de su copaternidad, con Antonio Alatorre y el otro Juan, éste, Arreola.

Retornó a la capital del país, en la que abandonó la burocracia e ingresó a una compañía comercial como agente viajero vendedor; en esta tarea conoció al territorio nacional.

En 1954, publicó su famosísima colección de cuentos *El Llano en Llamas*, y en 1955 salió de las prensas la mejor novela mexicana, la que no es otra que *Pedro Páramo*.

Después de que salieran de la imprenta sus dos obras; a cuales más excelentes, Rulfo hubo de vivir de su trabajo en la comisión del Papaloapan y en el Instituto Nacional Indigenista; al propósito, recuerdo la vez que le pregunté, —Juan, ¿por qué no has escrito?— Me contestó, —¡cómo no! Qué crees que hago diario en el instituto, si todos los

días he de redactar oficios y más oficios, escribir prólogos y más prólogos y notas y más notas a los libros que publicamos, cómo quieres que escriba más de lo que he escrito, además ¿a quién le puede importar lo que yo escriba?, —bueno, Juan, —le insistí— si ya no quieres escribir cuentos o novela escribe de historia, que de eso pocos saben tanto como tú, sobre todo de historia virreynal, más de historia de la Nueva Galicia.—

—Eso sí, mira, —me contestó, —en cuanto pueda lo haré; me importa mucho la tan llevada y traída personalidad de don Nuño Beltrán de Guzmán.—

Rulfo sabía tanta historia de México, como pocos, filón muy conocido del gran novelista jalisciense.

Es menester anotar, que fue Juan un gran fotógrafo, que de él se conservan mil y una estampas de nuestro país, en las que parece que palpitan los personajes de Comala.

Una vez más regresó Juan a Guadalajara, aquí se dedicó a la televisión, como antes lo había hecho con la comunidad latinoamericana de escritores; una vez más en México, fue recipiendario del premio Javier Villaurrutia, después del Premio Nacional de Literatura y, en 1976, accedió al sitial de miembro de número de la Academia Mexicana, cuyo discurso hasta ayer inédito, hoy ha visto la obscuridad de la tinta impresa, gracias al mecenazgo de los exalumnos del Instituto Luis Silva, en la coedición de la Academia Mexicana de la Lengua y del Instituto Cultural Cabañas.

No han faltado quienes han preguntado el por qué Juan sólo escribió las dos joyas que conocemos y algo más; considero que Rulfo no necesitó escribir algo en aumento; con lo que nos dejó basta para saber de su excelencia, que al fin y al cabo, en la vida lo importante es lo cualitativo no lo cuantitativo.

Juan Rulfo, no es necesario repetirlo, era de estatura menos que regular, caminaba casi encorvado, ensimismado,



nervioso, parecía inseguro, frágil, de voz entrecortada, rápida, silbante, castañeante; era tímido, con timidez de viejos sufridos y crónicos pesares; cuando hablaba era parco, cuando gesticulaba era severo, cuando afirmaba o negaba parecía que lo hacía.

Rulfo vivió con la soledad, por la soledad y para la soledad en íntimo y diario, constante e ininterrumpido diálogo con él mismo; fue de él mismo su conciencia y su más terrible autocrítico; nunca le satisfizo lo que él hizo, siempre aspiró a la perfección.

Los pueblos que describió Juan, tan desiertos, tan desolados, tan de otro mundo, ciertamente no son pueblos físicos, sino pueblos espirituales, que así quedaron después de la revolución y fue como los vivió el escritor.

Creó y recreó la geografía sureña jalisciense, la hizo a su imagen y semejanza; así como la Cascana y los Altos son otros después de Agustín Yáñez, así también lo es el sur de Jalisco; sus hombres y sus mujeres son de carne y hueso y, paradójicamente son ánimas en pena, que vagan por el mundo para la perdición o bendición de los demás.

A los personajes les vemos, les olfateamos, les tactamos, les oímos y les gustamos como si estuvieran frente a nosotros, pero, al mismo tiempo son seres de otro mundo, de otros mundos.

En los personajes de Rulfo bullen todas las pasiones, lo mismo las más sórdidas que las más nobles; lo único que hace es trasuntar de la realidad a lo escrito los movimientos telúricos de las almas, de todos esos seres que figuran en la realidad de la irrealidad.

En un momento dado no se sabe si el entorno obliga a ser a los hombres como son, o si el desolado espíritu de los hombres obliga al paisaje a ser como es.

Rulfo al igual que José Clemente Orozco, traen cons-

tantemente en su mano una lente de aumento poderosísima, que magnifica los vicios y las virtudes de los hombres y que tiene al paisaje como coro de la antigua tragedia griega.

He dicho y he de insistir, que Rulfo vive para la muerte y que antinómicamente la muerte le da vida a todo lo que él escribe. El paisaje grandioso ciertamente, está muerto, no se mueve; el novelista lo describe allí enfrente, pero, no hay aire posible que lo mueva. Cuando uno escucha hablar a los personajes rulfianos, cree que están vivos, sin embargo, no solamente no están vivos, sino que le quitan la vida a todo aquello que tocan, aunque sea sólo con su sombra. Rulfo es su tragedia y la tragedia de él y de sus personajes, quienes fundamentalmente son una emoción diferente, pero todas engarzadas en un rosario infinito de tristeza.

¿Dónde está el secreto de Rulfo, en el que con personas y personajes tan dibujados en su geografía y en su historia, logra entrar en el panorama universal de la humanidad? La respuesta es sumamente clara, los personajes, que si bien son fantasmas de carne y hueso, cada uno de ellos encarna el espíritu de los hombres de toda la humanidad, de todos los tiempos y de todos los espacios, ese es el secreto: los personajes.

Uno de los grandes aciertos rulfianos es el lenguaje que usó en sus obras; al respecto se ha de decir, que ese idioma lo abrevió cuando nos dice:

“Tenía yo los personajes y el ambiente, estaba familiarizado con esa región del país, donde había pasado la infancia, y tenía, muy ahondadas esas situaciones. Pero no encontraba un modo de expresarlas, entonces simplemente lo intenté hacer con el lenguaje que yo había oído de mi gente, de la gente de mi pueblo. Había hecho otros intentos —de tipo lingüístico— que habían fracasado porque me resultaban un poco académicos y más o menos falsos. Eran incomprensibles en el contexto del ambiente donde yo me había desarrollado. Entonces el sistema aplicado finalmente, primero en los

cuentos, después en la novela, fue utilizar el lenguaje hablado que yo había oído de mis mayores, y que sigue vivo hasta hoy”.

Como se puede observar por confesión propia, el secreto, el gran secreto de Juan, fue el haber hablado el viejo, recio, fuerte, bien sonante y castizo castellano, que le enseñaran sus padres y que aprendiera y reaprendiera el silencioso escuchar al pueblo jalisciense.

La grandeza de Rulfo fue, es y será el haber tomado el habla popular, haberla limpiado, haberla fijado y haberla hecho esplendorosa.

Juan Rulfo es un escritor profundamente nacionalista y generosamente universal; esa universalidad y esa nacionalidad las bebió en los campos de nuestro sur escuchando, siempre escuchando al pueblo mexicano, que al fin y al cabo, si se quiere triunfar en cualesquiera de las actividades de la vida, es menester oír, ver, gustar, tocar, olfatear y escuchar al pueblo, meta y origen de toda grandeza.

Juan Rulfo con sus armas, las de la palabra, luchó por México, escribiendo como escribió con un habla profundamente nacionalista; y quien lucha por su nación, lucha por él, lucha por los suyos y lucha por la humanidad.

A un año escaso de su muerte y, a cien de que naciera el colegio donde Juan Rulfo estudiara, los maestros, los alumnos, los exalumnos, los padres de familia, las autoridades, (desde la mayor del país, representada por otro exalumno del Luis Silva, el ejecutivo de la entidad y el de la municipalidad); todos, todos estamos aquí para rendir homenaje a quien dedicó su vida a limpiar, fijar y dar esplendor a nuestra lengua castellana-mexicana, con el habla de los mexicanos, al exalumno del orfanatorio-colegio-Instituto Luis Silva, a Juan Rulfo.

